

Artículo escrito por la Escuela de Juego del Palo de La Laguna. Poco tiempo después de su publicación se crea el Colectivo Agüere de Salto Canario para dar cabida a las personas que no practicaban juego del palo. Aunque funcionan desde entonces Colectivo y Escuela como dos entes separados, mantienen todavía como filosofía común el rescate y la divulgación de nuestra cultura tradicional.

Nº 13 JUNIO-JULIO'94

ISLAS
LA REVISTA DE CANARIAS

Páginas de la 100 a la 103



Título y encabezado del artículo, página 100.

(...)*¹ La agilidad de todos es grande: caminan por las piedras mejor que las cabras y, sobre todo, los "terziadores", que es, entre la gente del campo, ordinariamente los ganaderos, que con

un palo de 20 pies de largo se precipitan (sic) de un risco tajado, arrojándose de más alta distancia que un mastelero de nauyo, que este es un terzio, y con dos o tres bajan el más encumbrado tajo, pues basta que en éste haya, a distancia, algunas puntas de piedras, aunque no sean mayores que la copa de un sombrero. El modo de tentar es arrojarse con la "lanza" - que así llaman a el palo-, y, clavándola en la piedra hiendo ellos en el aire, se dejan hir por ella abajo con gran serenidad, y es tal el azierto de llevar la lanza que uno les pon en la tierra, donde no es más que un tenzio, que es el alto de la mayor casa, un real de plata, y no hai de éstos para que ellos claven, pues no hierran uno, de este modo debajar los tajos es tan particular que a todos los europeos se les hace increíble quando se lo cuentan hasta que lo been (...)

Compendio Anónimo de Historia de Canarias compuesto en el primer cuarto del 5. XVIII - Miguel de Santiago. Revista del Museo Canario 1936.



Foto1 (usada a modo de presentación). Se extiende y sirve de fondo a las dos primeras páginas del artículo, la 100 y la 101.

*¹El texto hace referencia al uso de la lanza por los guanches de Tenerife.

Aquellos riscos nos parecían extremadamente peligrosos, pero ya estábamos allí y no era cuestión de dar marcha atrás. El amigo Nel nos repetía constantemente: “Pa’ tras ni pa’ coger carrerilla”. Desde luego habíamos decidido realizar el recorrido trazado, aún a sabiendas de que, con toda probabilidad, nos encontraríamos con saltos más fuertes de los que habitualmente éramos capaces de hacer.

El día había amanecido despejado. La mañana, más fresca de lo habitual, nos invitaba con urgencia a rasgar el aire con las lanzas. Dos coches, con las astias (1)² en las bacas, trasladaban al grupo hasta el punto de salida, el caserío del Batán de Arriba en el imponente macizo de Anaga. Una vez desmontadas, comenzamos a untar con sebo la madera, con el fin de evitar el recalentamiento de las manos al deslizamos por ella. Llevábamos unas lanzas grandes, cercanas a los tres metros y medio. Este era todo nuestro equipo. Sabíamos de lo abrupto del terreno y el uso de éstas reduciría la longitud del salto.

El grupo atravesó el caserío hasta llegar a un lugar que determinamos podría ser el comienzo de nuestra “excursión”. Se trataba de un agudo escarpe, limitado a ambos lados por profundos barrancos. Desde luego, no éramos expertos cabreros y aquella orografía agreste imponía un severo respeto. Un impresionante tajo se abría a la izquierda. Fernando se decidió por examinar la banda derecha a la búsqueda de un paso razonable. Mientras, el resto observábamos y comentábamos con detenimiento la pendiente que se presentaba ante nuestros ojos: el filo de roca caía desde un principio en excesiva pendiente, con aparentes grandes saltos que no sabíamos de antemano si podríamos sortear. La verticalidad de las paredes, que superaba en algunos tramos más de cuarenta metros, sumaba mayor riesgo al recorrido. De cualquier forma, la seguridad de otras experiencias similares en otras zonas (Teno), nos daba confianza.



Foto 2, en la página 102.
Se lee en el pie de foto:
‘Cada uno con su propio
estilo pero utilizando la
misma técnica’.

Fernando había regresado. Estimaba que aquella banda era aún más complicada que el propio cortante rocoso que teníamos enfrente. Una mezcla de miedo y deseo hacía ebullición en nuestros cuerpos. La decisión estaba clara. Había que abordar el recorrido por ahí. José Luis inició el descenso. Fijó la lanza en un lugar seguro, dos metros por debajo de él, y se deslizó suavemente por la madera. Ya volvía a repetir la misma acción en el siguiente paso, cuando el resto del grupo iniciaba también ese primer “salto a pies juntos”, cayendo casi

² (1)Astia: También denominada garrote o, más comúnmente lanza. Esta se compone de un asta de madera, el regatón y una anilla metálica (bocal) en el extremo opuesto al anterior.

todos al unísono, los dos pies pegados al regatón ³(2). La sucesión rápida de saltos relativamente pequeños fue grande, lo cual nos hacía avanzar con velocidad. En aquellos momentos era como transformarse en alguno de esos cabreros que todavía usan la lanza o astia con la finalidad que les es propia: el desplazamiento por barrancos y laderas abruptas a fin de controlar al rebaño. Pero nosotros no teníamos esa dificultad añadida; sólo deseábamos un contacto primitivo, sano y de riesgo a la vez, con la naturaleza, y quizás por qué no, recordar de algún modo esta práctica ancestral que muchos hunden en épocas aborígenes. Desde luego, nuestro manejo de la lanza distaba mucho de la espectacularidad y destreza que caracteriza a esos dioses de los riscos, los cabreros.

El canto de una aguililla, que con su majestuoso vuelo coronaba nuestro descenso, nos detuvo a algunos. Colocados en aquel cuchillo de roca, la soledad del paraje, la mudez de las tabaibas y cardones, y el repiqueteo del metal de las lanzas con la roca de los que continuaban saltando, cargaron aún más nuestros sentidos. Una sensación indescriptible se apoderaba de nosotros.

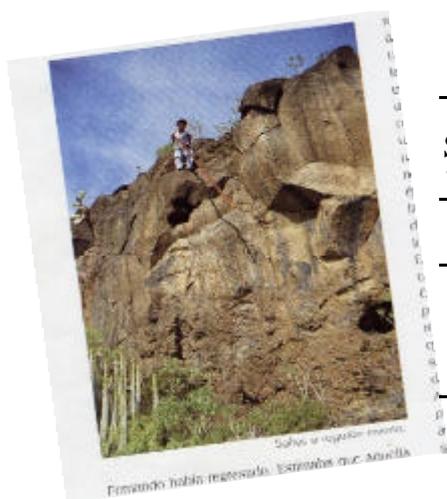


Foto 3, página 102.
Se lee en el pie de foto:
'Saltos a regatón muerto'.

Foto 4, página 103.
Se lee en el pie de foto:
'Diferentes tipos de regatones'.



Abajo, Celia combinaba con destreza los saltos 'a pies juntos' con los saltos "en banda", utilizando el astia como una especie de pértiga. La precisión del salto era clave para evitar percances. El precipicio que teníamos a ambos lados no era ninguna broma.

José Luis, tras ayudarse con la lanza para subir a una roca que hacía de mirador, esperaba por nosotros. Poco a poco, pero con rapidez, todos nos fuimos reuniendo en aquel saliente nada prometedor. Dulce nos alcanzaba exultante de emoción. Hasta ese momento los brincos no habían tenido excesiva peligrosidad. Pero cuando llegó abrió con asombro los ojos. El desnivel parecía infranqueable, al menos para muchos. La altura era considerable. La mayor parte de los saltos habría que realizarlos "a regatón muerto", ya que la longitud de las lanzas no alcanzaba para picar directamente en el terreno. Las lanzas quedarían cortas casi siempre, en algunos casos alrededor de tres metros más o menos. Este tipo de saltos "a regatón muerto" es uno de los más arriesgados, pues hay un momento en que el saltador, con la lanza, queda en el vacío sin clavar el regatón, hasta que finalmente este se hunde en la tierra y es, entonces, cuando uno se desliza por la madera llegando al suelo. En esas ocasiones palo y hombre, palo y mujer, han de ser un mismo ente. Cualquier distracción, cualquier error en el movimiento, podía dar con nuestro cuerpo en la roca. Y salir de allí con una situación de ese tipo no era nada fácil. Había que evitar también caer con excesiva rapidez en el suelo; de ser así nuestros pies se resentirían demasiado.

Nel se colocó en posición. Flexionó un poco las rodillas. Pegó la lanza al cuerpo. Fijó su mirada en un punto al que dirigirse. Tensó el entrecejo y... saltó. La visión momentánea de su figura, con el astia' en las manos, quedó como adherida al espacio por segundos. Luego, picó el suelo con su regatón y como si andara por casa descendió por el palo. El salto había

³(2) Regatón: Es una pieza a modo de punzón de hierro o acero inserto en un extremo de la lanza, que se clava en el suelo para deslizarse después por la madera.

sido de unos cinco metros y medio aproximadamente, una medida que para nosotros era bastante respetable. Los gritos de júbilo no se hicieron esperar. Sabíamos que tras el primero iríamos todos los demás.

Los siguientes saltos fueron similares. Pero después del primero todos nos parecían asequibles. Sin embargo, teníamos la impresión de que aquello era la antesala de una zona de aún más difícil tránsito. Progresivamente aquel saliente escarpado presentaba mayor verticalidad. Así fue. La sorpresa de una pared de más de veinte metros no se hizo esperar. De un solo salto era imposible. Subir de nuevo era impensable. Estudiamos detenidamente la vía a seguir. Debíamos salvarla a tramos, utilizando las pequeñas repisas que se disponían a modo de peldaños lejanos. Si bien la altura de cada uno de esos “escalones” no superaba los tres metros, la obligación de caer justo en tan corto espacio, sin titubeos, y el abismo que teníamos delante, aceleraba las pulsaciones del corazón y ponía en jaque los nervios.

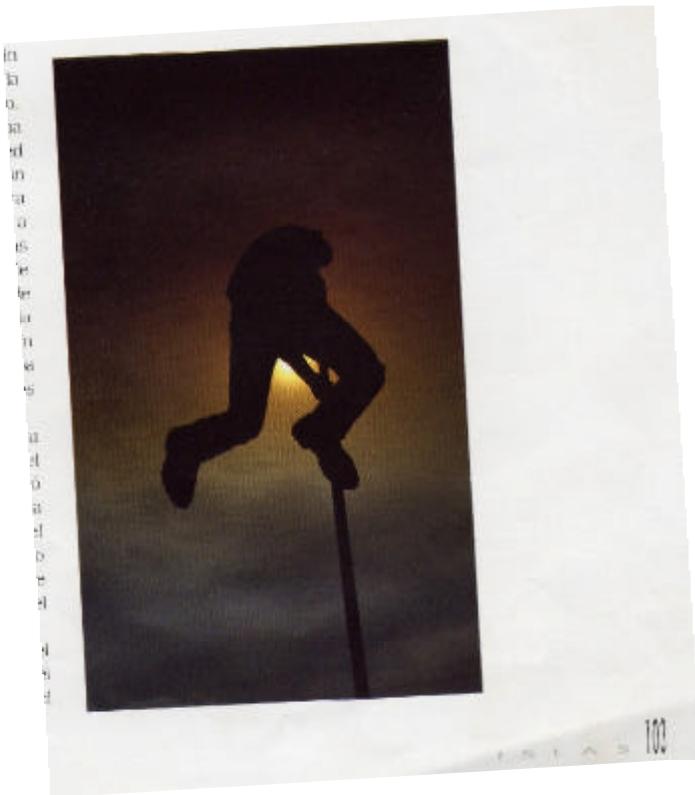
Ahora fue Fernando quién tomó la iniciativa. Fijó su “astia” en una pequeña cornisa rocosa. Tarteó el siguiente salto y con una extremada precisión se dejó deslizar hasta la repisa en un alarde de destreza impresionante. Sus pies quedaron justo tras el regatón. Una pérdida de equilibrio, un pequeño paso hacia delante y hubiese dado con el vacío. Antes de que pudiéramos decir nada, ya estaba realizando el siguiente salto.

Uno a uno, cada cual a su ritmo, fuimos realizando el mismo recorrido hasta llegar, finalmente, al cauce del barranco, vereda natural que nos conduciría hasta el lugar de destino: Punta del Hidalgo.

Parecía imposible, vuelta la mirada a la cumbre, que hubiésemos sido capaces de bajar por ahí, por ese filo de piedra que desde abajo se nos antojaba extremadamente cortante. Pero la verdad era contundente y la horizontalidad que rezumaba ahora el terreno lo confirmaba.

La lanza, útil del pastor, del cabrero, se había convertido una vez más, por un corto período de tiempo, en medio de relación entre nosotros y la naturaleza más agreste, entre nosotros y parte de la desconocida historia de nuestro pueblo.

Cierto sabor de adrenalina, mezclada con épocas pretéritas nos invitaba a volver al risco. Sin embargo, las cumbres de Masca serían nuestro próximo objetivo.



Escuela de Juego del Palo de La Laguna

Foto 5, en la página 103.
Fotografía que cierra el artículo.

Remaquetación y comentarios:
Héctor Piñero Rodríguez,
septiembre de 2003

